

# PiNOCHO

AÑO VII  
NUM. 308

25 cts

11 ENERO  
1931



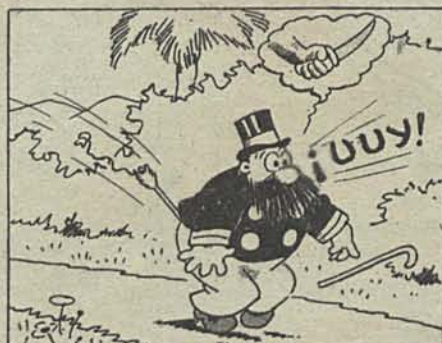
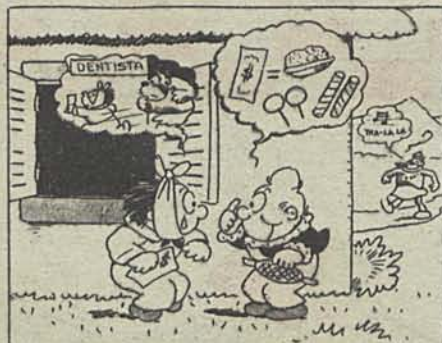
-QUE HERMOSA ES LA NIEVE ¿VERDAD  
CURRINCHE?  
-¡SÍ! PERO ESTARÍA MEJOR EN VERANO!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



Copyright Pines Publishing Co. (New York World) 1930.



# EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

Por  
E. Salgar



(Continuación)

—¿No notáis que el aire empieza a faltarnos?— preguntó, después de

haber tratado en vano de ensanchar sus oprimidos pulmones.

—¡Sí, sí!—dijo Harris—. Hace ya un rato que no respiro bien. ¿Será el grisú, John?

—No—respondió el *indian-agent*.

—Entonces, ¿cómo explicas esto?

El gigante evitaba contestar.

—¡Di algo, camarada!—insistió Harris.

—Mira la lámpara—dijo John al cabo de un rato—. ¿Brilla su luz como antes?

—No. ¿Le faltará aceite?

—Yo tengo—dijo Jorge—; pero no es eso: es que la lámpara respira mal, como nosotros.

—Tú has dicho la verdad—añadió John—. El aire, cada vez más enrarecido, acabará por faltarnos a todos si las aguas siguen creciendo.

—¿Y la galería de las serpientes?

—Ya debe de estar muy sumergida, al menos en su parte inferior.

—¿Debemos morir asfixiados?

—Todo depende del huracán.

—¡Intentemos algo, John!

—¡Sí; lo imposible!

—Estarán todavía las serpientes en la galería?

—No. Habrán ganado las hendiduras libres del agua; pero no saldrán a la pradera hasta que el huracán cese.

—¡Mejor hubiera sido para nosotros caer entre los *sioux* en el *Funeral*, como el coronel y nuestros compañeros!

John se levantó, haciendo un gesto desesperado.

—Amigo mío—le dijo Harris—, no olvides tu máxima de que siempre se debe tener confianza.

—Y no la pierdo—dijo el *indian-agent* con resolución.

—Entretanto, el aire empieza a faltarnos.

—Respira más despacio.

—¡Qué hombre tan extraordinario—exclamó Jorge.

—La paciencia—contestó John—es la mejor valentía. Después de todo, todavía no hemos muerto.

Y abría la boca para absorber la mayor cantidad posible de oxígeno en aquella atmósfera enrarecida.

—Pero moriremos muy pronto—añadió el *gambusino*.

—¿Quién te lo ha dicho?—respondió John acremente.

—Esta niña respira mal.

—¡Que se vaya al diablol!

—¡Es una niña!

—¡Una víbora!

*Nube Roja* hizo un esfuerzo supremo para no hacerse traición. De lo contrario, se hubiera lanzado como una fiera sobre el *indian-agent*.

Se mordió los labios y no dijo una sola palabra.

John permanecía con los ojos fijos en la lámpara.

Al cabo de un rato se le escapó este grito:

—¡Se avival!

—¿El qué?—preguntaron, ansiosamente, los otros.

—¡La llamas!

—¿Y el agua?

—¡No aumenta!—respondió *Nube Roja*, que se había inclinado hacia el «Mar Muerto».

—¡Y los truenos han cesado!—dijo Jorge.

—¡Y la tormenta decrece!—añadió Harris.

El *indian-agent* descendió algunos pasos con



gran cuidado, y avanzando la lámpara, la vió brillar cada vez más, lo que demostraba que se había establecido la comunicación del aire.

—¿No moriremos asfixiados?—preguntó Harris.

—Por el aire creo que no. Ahora, si el huracán se repite, entrará aquí tanta agua, que esto será nuestra tumba. Entretanto, contentémonos con respirar.

—O, mejor, con prolongar nuestra agonía—dijo Harris.

John se encogió de hombros sin responder, y alzó la lámpara, observando la bóveda.

—¡Diablo, no veo ninguna grieta! ¿De dónde viene este aire? ¿Estará descubierta la salida? Si, como creo, las serpientes han huído, por allí podremos escapar. ¡Sí; es lo mejor, antes que suceda aquí un espantoso desastre!

—Antes es preciso convencerse—respondió Jorge—de que las serpientes se han ido.

—Tiene que ir un explorador.

—¿A aquel agujero de reptiles? ¡Oh! ¡No seré yo quien vayal

—¡Iré yo!—dijo tranquilamente el *indian-agent*.

—¿Y si están todavía allí?

—Vuelvo, y me arrojo otra vez al agua. Como las serpientes no son peces, no podrán seguirme.

—Y vos, *gambusino*, que debéis de estar familiarizado con todas las serpientes de la sierra, ¿no os sentís con ánimo de evitar ese viaje a nuestro camarada?—preguntó Harris a *Nube Roja*, que se hacía el distraído.

—Yo no sé ir más que adonde hay minas de oro—respondió secamente el indio—. Además, debo velar por la muchacha.

—¿Tanto os interesa?

—La quiero ya como si fuera carne de mi carne.

—Después de todo, no me admira, porque debéis de tener en las venas una buena dosis de sangre india—dijo John.

—Tengo la que he heredado de mis padres.

—Lo creo—dijo Harris.

—¡Basta, camaradas! No será, ciertamente,

charlando como podamos lograr nuestra libertad—dijo John—. Voy al corredor; pero tengo que llevarme la luz.

—¡No nos asustan las tinieblas!—exclamó Jorge.

—Ayudadme a bajar. Esta roca es muy escabrosa y podría caer.

Harris abrió un saco de viaje y cogió un lazo, una sólida cuerda que tenía en un extremo un anillo de hierro.

—No tienes más que agarrarte a ella—dijo, alargando el extremo a John.

El *indian-agent* observó nuevamente la superficie del agua, cogió con la mano izquierda la lámpara, sujetó en la boca su cuchillo americano, y, agarrándose con la derecha a la cuerda, se dejó deslizar dulcemente, apoyando los pies en la roca.

Sus compañeros le vieron llegar al lago nadar en dirección al pasaje, y desaparecer luego, así como la luz.

—Ya ha entrado—dijo Harris—. ¡Verdaderamente, tiene valor ese hombre!

—¡Es un valiente!—añadió Jorge.

Se habían inclinado sobre la roca, y observaban atentamente, lo mismo que *Nube Roja* y *Minnehaha*.

A poco rato, entre los mugidos del agua resonó la poderosa voz del gigante:

—¡Estamos en salvo!

Un momento después reapareció la luz de la lámpara a unos ciento cincuenta metros de la roca.

—¿Libre?

—Sí; he recorrido todo el pasaje hasta el borde del abismo.

—¿Es de noche?

—Sí; pero creo que va a amanecer pronto. ¡Al agua con todo, y no os olvidéis del lazo, que puede hacernos tanta falta como el rifle!

*Nube Roja* cargó sobre la espalda a *Minnehaha*, cogió su saco y sus armas, las dispuso sobre sí como en la anterior travesía del lago, y fué el primero que se lanzó al agua. Le siguieron en seguida los dos cazadores, y guiados

(Continuará en el próximo número).





# CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



CONTINUACIÓN

LA PERSECUCIÓN DE CHUFITA Y PERICUELO TOCABA YA A SU FIN. SÓLO FALTABAN UNOS SEGUNDOS PARA QUE CAYESEN EN MANOS DEL FERÓZ CUCALÓN COMO DOS INFELICES CONEJITOS, Y ENTONCES... ¡AY DE ELLOS!



PERO LA PROVIDENCIA, TAN BUENA CON LOS BUENOS, LES HABÍA PUESTO EN EL CAMINO UN INESPERADO MEDIO DE SALVACIÓN. PARECE A SIMPLE VISTA UNA PIEDRA PERO...



¡SI, SI! LO QUE PARECÍA UN PEDRÚSCO ERA UN EXTRAÑO PAJARRACO QUE ESTABA EMPOLLANDO, Y EN CUANTO SINTIÓ QUE LO PISABAN, SE LEVANTÓ Y.....



... SE REMONTÓ POR LOS AIRES LLEVÁNDOSE SOBRE SUS LOMOS A CHUFITA Y PERICUELO



CUCALÓN SE QUEDÓ DANDO GRITOS DESAFORADOS. ¡¡ME VENGARÉ!! ¡¡ME VENGARÉ!!



Y LANZANDO UNA PIEDRA CON TODAS SUS FUERZAS VIÑO A DAR EN LA CABEZA DEL PAJARRACO. CUCALÓN SEGUÍA GRITANDO. ¡ME VENGARÉ! ¡ME VENGARÉ!



EL POBRE PAJARO, MAL HERIDO, ENTRÓ EN BARRENA, Y PRECIPITADAMENTE SE VIÑO CON SU CARGA A TIERRA



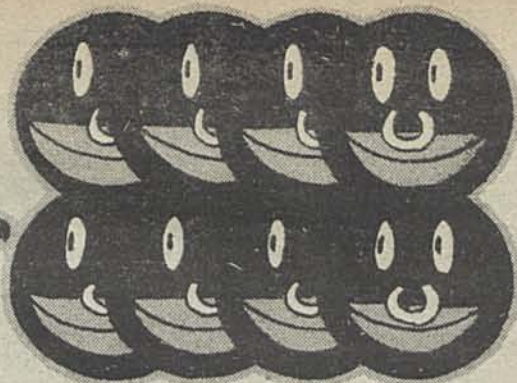
¡YA SON MIOS! RUGÍA EL GIGANTESCO CUCALÓN CORRIENDO HACIA DONDE CAÍAN CHUFITA Y PERICUELO. ¡YA SON MIOS!



CONTINUARA



# El rey de los antropófagos



(Continuación)

Enanillo había oído decir a los marineros que algo más al Norte y también hacia el Este existían más islas y por lo tanto no desesperaba de llegar a ellas.

Mas, ¡Dios mío! aquellas tierras debían estar muy lejanas. El día entero transcurrió y no había visto aparecer isla ninguna por el horizonte.

Aquella noche el pobre mozo partió y comió una de las galletas y se humedeció un poco los labios con un frasquito de agua con unas gotas de ron que también recogió del camarote del marinero, y tras murmurar unas plegarias se quedó dormido sobre las tablas de su frágil balsa.

A pesar de la situación apurada el Enanillo durmió como un lirón y cuando abrió los ojos, el sol ya bañaba en luz el Océano y sus rayos caían abrasadores.

Escrutó en seguida el horizonte esperando ver alguna isla o algún punto blanco que indicase por allí cerca la presencia de un velero: pero ¡nada! ¡siempre nada! Solo le circundaba la inmensidad.

Durante la noche debió haber recorrido su balsa un largo camino arrastrada quizá por alguna corriente porque los escollos aquellos habían desaparecido de su vista.

También habían desaparecido los restos flotantes que quedaban del buque náufrago.

—Esto se acaba—dijo el pobre muchacho—. Dentro de un par de días me moriré de hambre y me perderé para siempre en este mar infinito.

También el segundo día lo pasó con una vana espera, después el tercero.

En la mañana del cuarto el Enanillo no tenía ya más que un pequeño trozo de galleta y un sorbo de agua, pero el hambre le roía las entrañas.

Desvanecido y sin fuerzas se tendió sobre las ardientes tablas de la balsa y comenzó a llorar: después cayó preso de un sopor profundo.

Gritos extraños y roncacos le despertaron de improviso.

Abrió los ojos y se vió rodeado por cuatro horribles salvajes casi desnudos por completo, con la nariz atravesada por un gran anillo y con la piel del color del chocolate.

Tenían los cabellos crespos y abundantes, la cara llena de tatuajes y en los brazos y en los tobillos brazaletes y ajorcas formados con colmillos de jabalí.

Habían descendido de una canoa tomada por el tronco de un árbol en la cual había algunos salvajes más armados de lanzas y de unas mazas de madera muy pesada adornadas con conchas de tortuga.

El Enanillo al ver que le cogían aquellos horribles salvajes comenzó a lanzar gritos de terror.

Se consideraba del todo perdido y ya le parecía verse ensartado en uno de aquellos gigantescos asadores y puesto sobre las brasas para asarse.

—No me matéis—gritó llorando—. Yo soy un pobre náufrago que nunca he hecho daño a nadie.

Los salvajes, al menos por el momento no manifestaban intención ninguna hostil.

Miraban al muchacho con estupor riendo a carcajadas y le raspaban algo de vez en cuando la piel como para convencerse de que no era pintada de blanco.

Después tornaba a estallar en risotadas y se retorcían como monos en mil contorsiones manifestando en todo una alegría extraordinaria.

El Enanillo les dejaba hacer y por congraciarse con aquellos antropófagos, reía él también a pesar de las punzadas que le daba el hambre.







Después de haber reído hasta hartarse levantaron delicadamente al mozo y lo llevaron a su chalupa y le tendieron sobre una bonita estera pintada de varios colores.

El jefe de la embarcación, un salvaje de casi dos metros de altura que ceñía sus caderas con un tonelete o faldilla de corteza de árboles y la cabeza adornada con una diadema de plumas rojas, se acercó al mozo y le dirigió un largo discurso, desde luego incomprensible y luego le invistió con un manto hecho de una especie de finísimos mimbres entretejidos.

—En vez de ese manto lo que quiero es que me déis de comer—, díjoles el Enanillo—. Llevo ya varios días sin comer y tengo hambre.

Los salvajes al oír su voz se miraron unos a otros con estupor y luego creyendo interpretar sus palabras, quitaron al jefe la diadema de plumas y se la pusieron en la cabeza.

El Enanillo, aunque joven, comprendió que los salvajes con aquel acto acababan de investirle de algún cargo de gran autoridad entre ellos y como no era tonto quiso en seguida valerse de su prestigio.

—Parece que acaban de coronarme—dijo—. Ya que he sido convertido en rey o caudillo de estas gentes voy a ordenarles que me sirvan de comer.

Pero en vano se esforzó: los salvajes no comprendían ni una sílaba de cuanto les decía, y al ver lo inútil de sus esfuerzos se dirigió hacia la proa donde había visto algunos plátanos y cogiendo varios los devoró rápidamente.

En seguida todos los salvajes se pusieron a su alrededor ofreciéndole: unos panes de sagú, otros nueces de coco ya partidas, otros cangrejos y mariscos recién pescados.

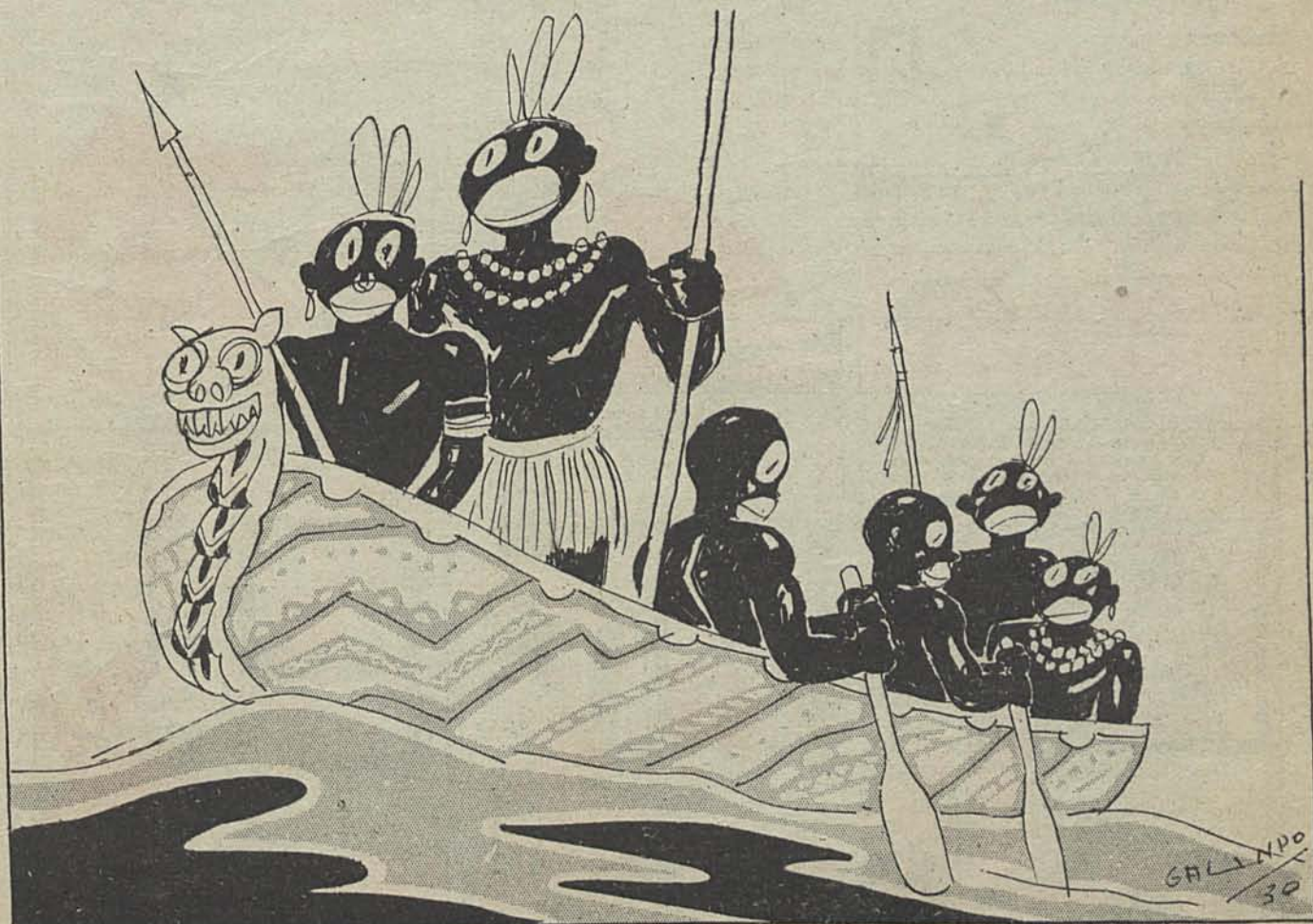
Todos, a porfía, acudían a su servicio y a cada bocado que el Enanillo daba lanzaban gritos de alegría y hacían raras contorsiones.

Cuando el mozo satisfizo su hambre se tendió sobre la estera, se cubrió con el manto y por señas dió a entender a sus súbditos que deseaba dormir.

El jefe mandó tender sobre él un toldo de fibras de coco habilmente entretejidas para resguardarle de los abrasadores rayos del sol y cuando vió que estaba ya dormido hizo señas a sus hombres para que reanudaran el viaje.

Después de tres horas de rápida navegación llegó al fin la canoa a una isla toda cubierta de lozana vegetación, graciosas palmas, cocoteros, morales, espesos bosques de bananas de hojas de varios metros de larga, espléndidos artocarpos o sea el árbol del pan. Miriadas de pajarillos de magnífico y pintado plumaje alegraban el aire con sus vuelos y gorjeos.

(Continuad.)







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



RESPECTABLE PÚBLICO PINOCHISTA: SIEN-  
TO MANIFESTAROS QUE HOY NO CONTEIS  
USTEDES CON CURRINCHE PORQUE LE  
HAN PUESTO UN CERO EN LA ESCUELA  
Y ESTÁ CASTIGADO SIN SALIR  
DE CASA



¿PUEDO YO CONSENTIR QUE ESE MORENO, A  
SUS AÑOS, ME CONFUNDA LA P CON LA  
K Y LA JOTA CON EL FOXTROT?  
¡NO! ¡NO! ¡NO! Y ¡NO!...  
¡HE DICHO!



¡CON BONITAS PULGAS ME HE LEVAN-  
TADO HOY PARA QUE NINGÚN MORE-  
NO ME TOME LA CABELLERA! ¡EN  
CUANTO LLEGUE A CASA LO VOY A  
ESCABECHAR!



LA T CON LA U TU; LA R CON LA U  
RU; LA L CON LA A LA; LA T CON  
LA O TO.  
TURURÚ  
TURURÚ  
LATO



¡VAYA FRESCURA DE NIÑO! ¿PUES NO  
ESTA JUGANDO AL DIAABOLO? Y YO  
PUDRIENDOME LA SANGRE. ESTO  
SEVA A ACABAR AHORA  
MISMITO



HE DICHO QUE A ESTUDIAR! Y NOTE  
MOVERAS DE TU MESA HASTA QUE  
SEPAS CUANTOS SON LOS DIEZ  
MANDAMIENTOS



TE ADVIERTO QUE CADA DOS  
SEGUNDOS Y MEDIO ME ASO-  
MARE A LA VENTANA A VER  
LO QUE HACES

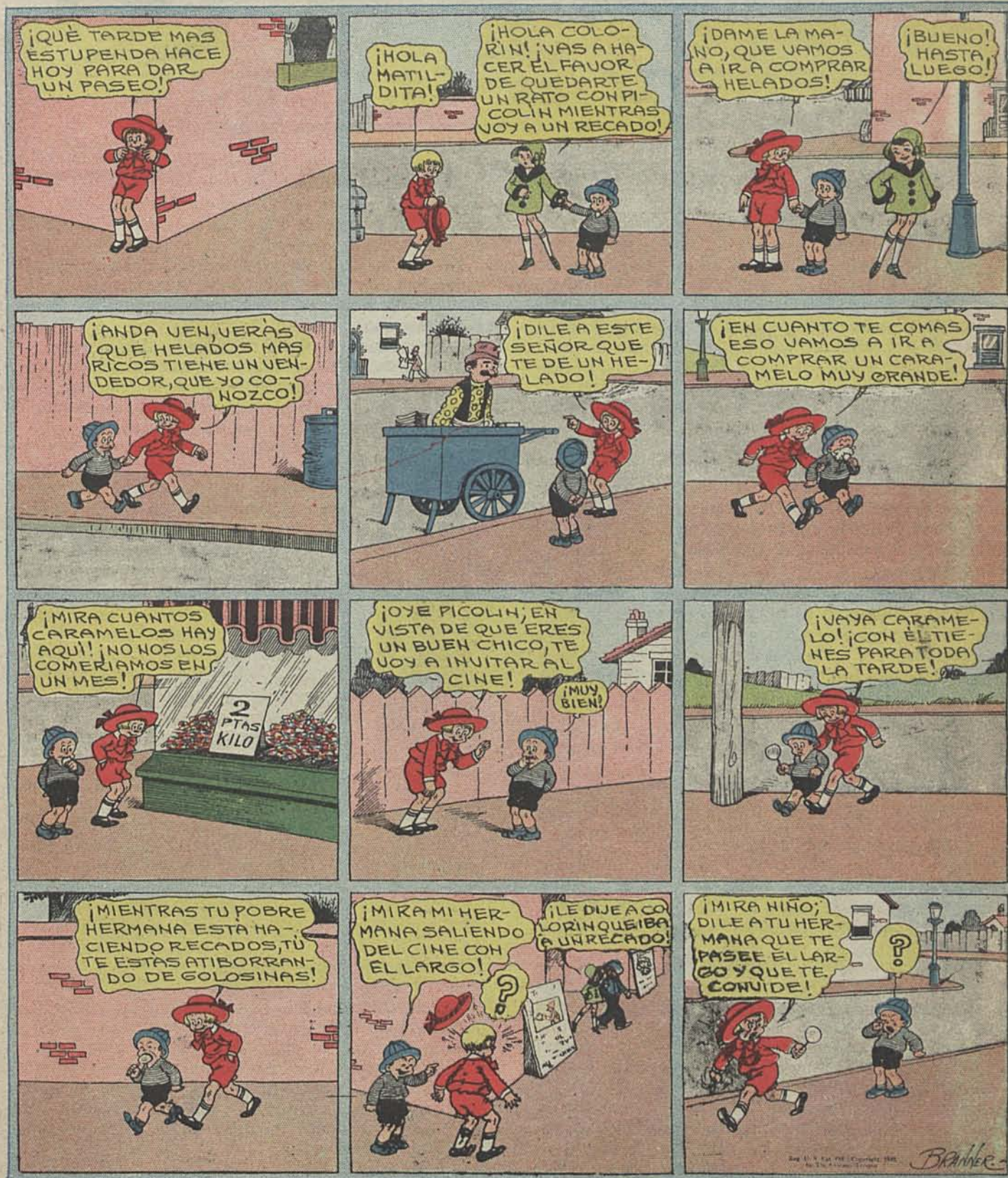


Castillo





# COLORÍN y su PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL BURRO POETA

Castillo

**V**IJABA una Princesa en compañía de su doncella, yendo la primera en un hermoso caballo, y sobre un asno la segunda. Iban a la corte de regreso de una excursión a una hermosa quinta de verano próxima a la capital del reino de sus padres, cuando al pasar junto a un río sintió tal sed la Princesa, que, apeándose rápidamente del caballo, se arrodilló sobre la fresca orilla, y en el hueco de la mano bebió de las cristalinas aguas del río.

Mas apenas hubo probado un sorbo, cuando la doncella, que la tenía mucha envidia por su bondad y su belleza, se precipitó sobre la Princesa, y dándole un fuerte empujón, la hizo caer a las profundas aguas del caudaloso río.

Hecho esto, montó sobre el caballo de la Princesa y se encaminó a una casita situada en un próximo montecillo.

Allí vivía una bruja llamada *la Estropajos*, de la que se decía que no tenía el diablo por donde desecharla.

Llegada allí la doncella, salió a su encuentro la bruja, que dijo:

—Ya sé a lo que vienes; te he visto matar a la Princesa, y quieres que te ponga en salvo; y como todos los malvados son mis amigos, yo te protegeré.

—No quiero eso sólo— exclamó la doncella—; deseo que me des algo con lo cual todos me crean la Princesa, y que ésta, si encuentran su cadáver, se parezca a mí.

—Lo haré con gusto, porque tú, Mariana, eres hija de Antonio *el Burro*, que ahora estará en los profundos por ladrón, asesino y brujo. Todos estos títulos hacen que yo te proteja. Toma este ungüento, frótate con él la cara todas las mañanas, y nadie reconocerá que eres Mariana *la Burra*, y te confundirán con la Princesa hasta sus propios padres.

Apenas cogió Mariana la cajita, abrióla con impaciencia, y sacando de ella una blanca pomada, frotóse con ella la cara, quedando sorprendida del efecto en cuanto se miró al espejo que le diera la bruja: se

encontró tan parecida a la Princesa, que dió un grito de asombro y de alegría.

Despidióse de la vieja y se marchó a palacio, donde esperaban con impaciencia a la Princesa.

—¿Cómo vienes sola hija mía?—preguntó la Reina—¿Y Mariana?

—Se ha caído al río, y no la he podido salvar.

Mandaron los Reyes algunas barcas al sitio indicado; pero no encontraron el rastro de la Princesa. Sólo el burro, testigo de la escena, pastaba tranquilamente por aquellos alrededores.

Llevaronle a palacio; pero al atravesar el patio vió en él a la fingida Princesa, y entonces dió dos corcovos, y poniéndose en dos pies gritó:

—O buen pienso me han de dar, o a Mariana he de acusar.

—¡Pobre borrico! — exclamó Mariana—. La pena de ver morir a su ama le ha vuelto loco y hasta poeta, un borrico haciendo versos!

Y soltó una estrepitosa carcajada.

El borrico, al oír esto, contestó:

De mis versos te reirás;  
pero ya las pagarás.

Y dando dos coces al aire, se fué a la cuadra rebuznando.

La fingida Princesa continuó siendo tenida como verdadera, a excepción de su carácter, que era tan soberbio y despótico, como humilde

y cariñosa aquella cuyo sitio tan inicuamente ocupaba.

Como todas las mañanas gastaba parte de la pomada misteriosa, temió que se le acabara y volvió a casa de la vieja, que se había instalado cómodamente, y hasta con lujo, gracias a los regalos que la había hecho la antigua doncella.

Allí explicó su deseo de renovar la provisión de pomada; pero la bruja no la entregó otro bote sino a cambio de una gran suma de dinero.

A todo esto, la Princesa no había muerto, pues al caer al río la recogieron dos sirenas que por allí estaban, y compadecidas de su belleza y su bondad, la trasladaron al palacio de las ondinas, en donde la colmaron de caricias.

Una de ellas la dijo:







—No te des prisa en volver al lado de tus padres, porque están tranquilos, creyendo que estás a su lado. La infame Mariana, que quiso asesinarte, se parece a tí tanto (gracias a un ungüento diabólico) que ocupa tu puesto y todos creen que eres tú.

—¡Dios mío!—exclamó la joven—. ¿Y ya no podré volver al lado de mis queridos padres?

—Sí tal; más ha de ser en el momento oportuno. Entretanto mira a tus padres cómo se encuentran llenos de salud, y por ahora conténtate con esto.

La ondina sopló un vaso de agua, y en el fondo de él, como a través de una lente, vió la Princesa a sus padres sentados en el trono, y a su lado ella misma: ¡tal era el parecido de Mariana!

Al cabo de algún tiempo dijeron las ondinas a la Princesa:

—Ya ha llegado el instante en que vuelvas junto a los tuyos; mas como nada podrías tú sola, te acompañará nuestra querida Reina.

Esta, en efecto, se vistió con un humilde traje, y cogiendo de la mano a la Princesa, la llevó al mismo sitio donde la traidora doncella pretendiera asesinarla.

Allí estaba casualmente un paje de palacio, que al ver a la Princesa se asustó, creyendo que era un fantasma, y salió huyendo a todo correr.

La Princesa y la Reina de las ondinas se encaminaron a palacio, donde el paje refería todo trémulo la aparición, mientras Mariana palidecía de terror, pensando que era llegado un momento terrible para ella.

En esto penetraron en el salón del trono dos mujeres con las caras cubiertas por tupidos velos, y adelantándose hacia los Reyes, dijo la más alta:

—Señor, a pedirte justicia venimos contra una infame que, tras de querer asesinar a tu hija, ocupa su puesto mediante un engaño diabólico.

Mariana, adelantándose a las recién venidas, y mirándolas de arriba a abajo, las dijo con altivez:

—¿Quién se atreve a decir eso en mi presencia?

—Yo — exclamó la dama levantándose el velo.

Y descubriendo a su compañera, mostró a los asombrados circunstantes el bello rostro de la verdadera Princesa.

Ni el Rey ni la Reina pudieron pronunciar ni una palabra; con ansiosa

mirada contemplaban a Mariana y a la Princesa sin poder determinar cuál de las dos era su hija.

La Reina de las ondinas contó entonces lo sucedido; pero esto era tan increíble, que Mariana, fuera de sí, exclamó:

—Traed testigos.

No bien hubo dicho esto, entró corriendo un borrico, y prosternándose ante el Rey, dijo:



—Yo estaba allí, todo lo vi, y la Princesa, sin duda es esa.

Los Reyes quedaron admirados al oír al burro poeta; mas por si alguna duda les quedaba, la Reina de las ondinas sacó un frasquito de debajo del manto, y rociando con él la cara de Mariana, la hizo aparecer tal como era.

Probado el delito, mandaron los Reyes dar muerte a la impostora; pero el burro gritó:

—Dejádmela así, que ella me encantó y me convirtió en borrico a mí.

Y sin esperar respuesta, la dió un bocado en el brazo, y echándosela sobre el lomo, echó a correr hacia el río, sin hacer caso de los gritos que le daban.

Al llegar a la orilla dió un respingo y lanzó a Mariana dentro del agua, pereciendo ahogada en el mismo sitio de su crimen.

Después se volvió, y viendo a la tía Estropajos por allí cerca, la molió a coces.

En el acto desapareció su forma borrical, resultando que era un antiguo empleado de palacio a quien Mariana y la bruja le habían transformado en pollino.

La maldad, aun disfrazada con la mentira, siempre fué descubierta y castigada.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Hoy te traigo ya el tema para nuestra charla, querido buho.  
—Tú dirás de qué vamos a hablar, curioso Chonón.  
—De los caracoles.  
—Muy bien me parece el tema. ¿Te gusta a ti comer caracoles?  
—Mucho. A pesar de que el aspecto de estos animalitos es poco seductor.  
—¿No te parece que su forma y su constitución es algo repugnante?  
—Eso es cuestión de apreciaciones. Hay otros animales de aspecto también repulsivo y sin embargo los comemos con mucho gusto. Ahí tienes las ostras, las almejas, los cangrejos, los percebes, y otros muchos que ciertamente no despiertan el apetito de los ojos. Pero las cosas hay que apreciarlas por sus condiciones alimenticias, por su sabor y por otros factores, que nada tienen que ver con su forma.

—Tienes razón. Yo aprecio el gusto del caracol y por eso lo como con agrado.

—Los caracoles son moluscos gasterópodos. Todos ellos llevan a cuestas un caparazón calcáreo con un hueco en espiral, que es la concha.

—La casita del caracol.

—Eso es en realidad. Una casita dentro de la cual vive. Cuando quiere sale de ella, pero sin abandonarla nunca, y cuando quiere se recluye dentro y cierra la entrada con un tabique que le sirve de puerta. La forma, las dimensiones y la coloración de la concha son variadísimas, según las especies. El tabique que, a voluntad del caracol, cierra la entrada, es una membrana calcárea, que segrega el mismo animal. Su cabeza está dotada de cuatro tentáculos. Respira por medio de pulmones situados en el cuello. Habita en todas partes, pero principalmente en los sitios frescos, húmedos, sombreados, y sólo se decide a salir después de la lluvia y especialmente en verano y otoño.

—¿Pueden también vivir dentro del agua?

—Resisten mucho tiempo sin salir al aire, pero como no es ese su medio ambiente, salen de ella en cuanto les es posible. Desde luego necesitan aire para su vida.

Los caracoles ponen huevecillos, que depositan en el suelo o sobre la hierba, hojas secas, tallos o ramitas, junto a una planta grande, que proporcione sombra y frescura.

Cuando el caracol sale del huevo está revestido de una membrana gelatinosa, muy blanda, que más adelante será la concha. Por regla general, tarda dos años esta concha en quedar bien constituida.

Si a los caracoles se les preserva del frío, del calor, de la sequedad y del exceso de humedad, llegan a doblar su longevidad, aunque en todos los casos, libres o cautivos, a partir del segundo año ya no se reproducen.

—¿Comen mucho?

—Extraordinariamente. Y sin embargo, es un animal que soporta muy bien el ayuno. Si se le abandona en un lugar donde no tengan alimento, se recogen en su casita, cierran la puerta con el tabique membranoso y a dormir como si fuese invierno.

—Así da gusto. Si las personas pudiéramos hacer igual, sería un encanto.

No nos preocuparía el problema de las subsistencias. ¿Que suba el pan? Tapiábamos el tabique de nuestra casita y a dormir meses y meses, sin comer nada.

—¿Y qué adelantarías con esto?

—Que bajase el pan.

—Me parece que no, Chononcito. ¿No ves que el panadero, entonces, al ver que no tenía que hacer pan, se iría a su casita, tapiaría también su puerta y se echaría a dormir?

—También tienes tú razón. Dejemos, pues, el pan y sigamos con los caracoles.

—Una prueba de lo bien que soportan el ayuno estos extraños animalitos, es la siguiente: Coloquemos caracoles dentro de un cajón, sin alimentación alguna y dejemos pasar así varios años.

—¿Muchos?

—Dos o tres y aún más. Al cabo de este tiempo saquemos los caracoles del cajón y sumérmolos en un cubo lleno de agua; pasadas unas horas, veremos que el tabique que cierra la entrada de la concha se abre y el caracol saca sus tentáculos, esos tentáculos que el vulgo llama cuernos, después sale el cuello, y por último su cuerpo que se arrastra, abandona el agua y se pasea tranquilamente como si ningún tiempo de ayuno hubiese transcurrido.

—Es curioso.

—Y precisamente después de un largo ayuno es cuando están mejor para echarlos a la cazuela.

Eso es aún más curioso. Parece lo natural que cuando mejor estén para comerlos sea cuando se encuentren bien cebados.

—Y no te falta la razón, Chononcito; pero es que con estos animalitos hay que tomar ciertas precauciones absolutamente necesarias, si no se quiere uno exponer a un serio disgusto gastronómico.

—¿Es que son venenosos?

Ellos, por sí, desde luego no lo son. Pero pueden haber ingerido hierbas venenosas, hongos, vegetales o aguas contaminadas, y por esto es necesario, absolutamente necesario, que al comer los caracoles tengan su tubo digestivo completamente limpio de residuos alimenticios, porque, de no ser así, corremos el grave riesgo de sufrir una intoxicación. Esto explica la necesaria precaución del ayuno a que deben someterse antes de pasar a la cazuela.

—¿Pero hay que hacerles ayunar durante esos dos o tres años?

—No, hombre; con cuatro o cinco días de ayuno es suficiente.

Como todo en la naturaleza, los caracoles tienen también sus enemigos. Hay muchos coleópteros y sus larvas que devoran los caracoles. Algunas larvas se introducen dentro de la concha y atacan al caracol por su parte inferior. También hay moscas y arañas que los matan con sus aguijones y después los devoran. Y en cuanto al hombre ya sabes que es también un gran enemigo del caracol.

—Y de todo cuanto represente un alimento para él. ¡Somos terribles, querido buho!



## CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cinco céntimos en sellos.

**JUANITO BARRIOBERO.**—Como verás coinciden estas letras con la publicación del dibujo que ha salido de tu lápiz admirable. Todo elogio que a tu arte pudiera dedicar resultaría pálido junto a sus merecimientos. Deseo, mi simpático amiguito, que me envíes más cosas, tanto porque tengas en las columnas de mi revista ocasión de exponer tus maravillosas facultades, cuanto por el orgullo de exponerlas que sentirá tu gran amigo de madera que te abraza. ¡Ah! Recibe también abrazos de Currinche, Morronguis, Chufita, don Turulato, Corretón, Tin, Ton y Colorín.

**AGUSTÍN MARTÍNEZ.**—Una vez más he de sentir la profundísima pena que me causa no poder publicar trabajos tan bonitos como el que me envías, por estar hechos a lápiz. Es necesario hacerlos en tinta, querido Agustín. ¿Los harás así en lo sucesivo? Te abraza tu incondicional.

**A LOS NIÑOS DE LA ESCUELA DE SANGARCÍA.**—Ya tengo entre mis manos la colección de lindos trabajos que últimamente me habéis enviado. Al Capilán Corretón le han crecido las barbas un palmo por el asombro que le han producido vuestras magníficas obras de arte. Todas, todas, merecen mi más calurosa felicitación, pero he de señalar las de la «Puerta de San Andrés» y «Currinche electricista», porque son deliciosamente bonitas. ¡A afinar bien los lápices y a trabajar! Ni qué decir tiene que se publicarán en mi revista. Apretadísimos abrazos de vuestro gran amigo.

**PURITA Y ANGELES YARZA.**—El retrato de mi mujer (según Angelita me la atribuye), me ha hecho enfermar de risa. Yo, desde luego, no había pensado en casarme, pero desde que he visto el retrato de la que puede ser mi mujer, aborrezco el matrimonio para toda mi vida. ¡Vaya un retratito graciosísimo! Tiene narices ¿verdad? El de Purita es cosa seria. Muy bien hechos los dos, y cuando les toque el turno se publicarán. Abrazos.

**JUANITO DE LA SERNA.**—Siempre eres el mismo, querido Juanito. Siempre artista, trabajador, perseverante, incansable. Así se debe de ser y así eres tú. Estoy orgulloso de contarte entre mis grandes amigos. Tus nuevos admirables dibujos entran en turno. Más abrazos de tu siempre incondicional.

*Pinocha*



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE ENERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



La abuela de Pinocho  
Salvador Pérez



De viaje  
Teresa Antollnez



Automóvil  
Manuel Lozano



Caballo  
Dionisio García



El tío Ventura  
A. Ruiz de la Rosa



Mi amiguita Anita  
Terecita Trujols



Un simón  
Manuel Lozano



Un viejo  
Rosario L. de la Sierra



Un guardia  
Rosario Losada



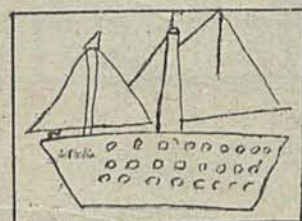
Un concierto  
R. C.



Un indio  
A. Ruiz de la Rosa



Currinche  
Cristian



Velero  
José García



Dibujo  
Juan Barriobero



Casa de campo  
Manuel Lozano



Un corneta  
Juan Trochit



Tigre  
Paco Pino



Cesta  
María Luisa de la Riva



Mi tía  
Carmen Ester



Capricho  
Afrigueta Carmona



Busto  
V. P.



La casa de don Turu  
G. G.



Casa de campo  
Solita Zalve



Trasatlántico  
Pepito Palao



Pinocho y doña Tecla  
Guillermo García



Hombre  
J. R. Lillo



Estrella  
S. H. F.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

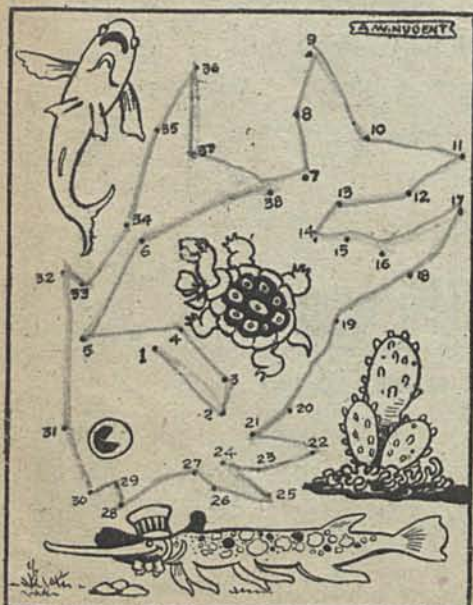
## LOS CINCO OSOS



Don Oso del Glaciar fué el otro día de pesca, pero se tuvo que volver tal como había venido, porque en el pequeño estanque a donde dirigió sus pasos había un verdadero lleno de pescadores, todos osos.

Pero ¿qué decís? ¿Que vosotros solamente veis cinco osos? Pues afinad la puntería y la vista, porque escondidos hay cinco osos más. ¿Dónde estarán?

## LAS CARAS RARAS

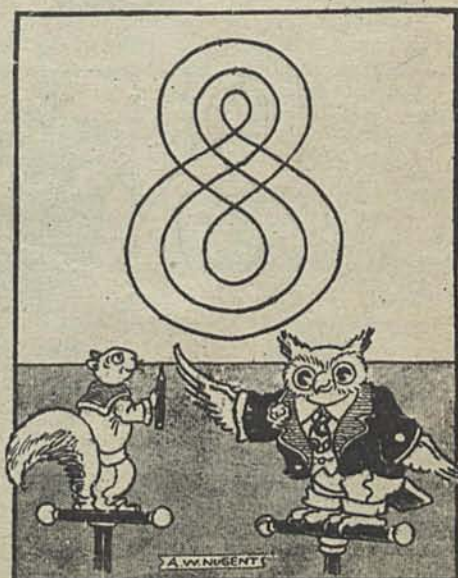


Si queréis saber por qué ponen esos animalitos esas caras tan raras, unid los números con líneas siguiendo el correspondiente orden y os enteraréis.

## EL DIBUJO EXTRAÑO

A ver cómo conseguís—os dice el buho—hacer este dibujo sin levantar el lápiz del papel y sin pasar dos veces por el mismo sitio.

—¡A ver cómo lo conseguís!—digo yo.



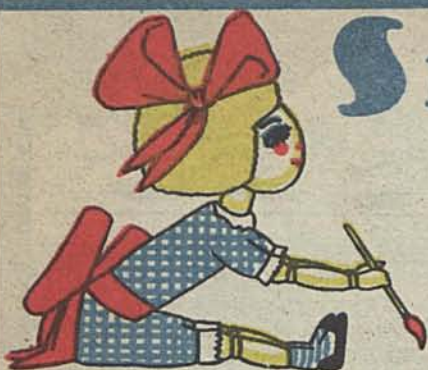


# ANITA

## BUEN-CORAZON







# Sección Pirula

Del saquito de Pirula... charlatana

Después de Reyes:  
el armario de Ana-María

Seguramente, conocéis la historia de aquel niño ambicioso que pidió a los Reyes tantos juguetes y tan voluminosos—un caballo de cartón muy grande, un balón de fútbol, un triciclo, un aeroplano, un tren con raíles y todo un automóvil de pedales—que, temiendo que todos aquellos regalos no cupiesen en sus zapatos, colocó ante la ventana las botas de su padre.

Claro que tampoco en estas botas, a pesar de que el papá de aquel niño calzaba el 42, hubieran cabido todos los juguetes pedidos, pero en fin, al menos los Reyes al ver aquellas botas se sentirían sin duda llenos de respeto por su dueño y no se atreverían a negarle nada de lo solicitado.

Pero sucedió que al consultar su libro de notas (que debe de ser un libro enorme puesto que en él, Sus Majestades llevan apuntados los pedidos de todos los niños del mundo, con los nombres, señas, edad y merecimientos de los solicitantes) los Magos pensaron que había alguna confusión, pues un «Paquito» de diez años, no podía calzar aquellas botas que debían de pertenecer a un señor con toda la barba... o afeitado, lo mismo da.

(Bueno, ignoro si realmente pensaron esto o si fingieron creerlo para castigar al tal Paquito por su ambición.)

Y dejaron en las enormes botas los regalos que les parecieron más adecuados para su poseedor: una pipa, un paquete de tabaco y una caja de cerillas, eso sí de cerillas de las de lujo, de las de cuarenta céntimos.

No hay temor que semejante aventura suceda a mi Pirulinda Ana-María. Primero, porque si se le ocurriera poner zapatos que no fueran suyos serían los de su mamá que no son mucho mayores: hay tan poca diferencia de tamaño entre el zapato de una mamá que tiene el pie pequeñito y el de una niña de doce años que lo tiene... vaya, no es que Ana-María tenga el pie grande, sino que, como asegura Chacha Toña para consolarla, tiene un pie que indica que «va a ser buena moza».

Además a Ana-María no puede sucederle una aventura semejante a la del ambicioso Paquito, porque ella es muy razonable y prudente y sólo se permite solicitar de la generosidad de SS. MM. Baltasar, Melchor y Gaspar, algún regalito discreto, cual una muñeca, una caja de costura o un bolsillo.

Y los Reyes, encantados con su discreción, suelen traerle siempre algo más de lo que ha pedido.

Así, por ejemplo, este año, Ana-María se había limitado a pedir un juego de damas para distraerse con su hermana Dolores en las tardes de invierno, cuando, a la vuelta de clase, les sobra algún ratito libre.

Y los Reyes Magos le han traído... le han traído naturalmente el juego de damas, pero además otra cosa; una cosa tan grande que si hubiera habido que encontrar un calzado en que cupiese, este calzado tenía que haber sido las botas de siete leguas del ogro de Pulgarcito.

Porque el regalo imprevisto es... ¡un armario!

¿Cómo habrán adivinado los Reyes que Ana-María tenía tantas ganas de poseer un armario para ella sola, mejor dicho para su ropa, sus trajes, sus sombreros y en fin, todos sus tesoros particulares? ¡Misterio!

Es comodísimo este armario; se divide en dos partes, la de la derecha con una luna biselada en la puerta, tiene tres tablas y dos cajones pequeños; la de la izquierda, cuya puerta es la del motivo frutal, tiene un cajón grande y varias cruces para colgar los trajes.

Ya ha colocado Ana-María en una tabla su ropa interior; en otra, sus sombreros y en la tercera sus zapatos; ya ha llenado los cajones con mil chucherías—guantes, medias, bolsillos, pañuelos—y ahora emprende la tarea de colgar en las cruces sus abrigos y sus vestidos. El vestido de gala, de tafetán rosa, festoneado en azul marino; el abrigo de piel de castor; el traje de clase, de lanilla, a cuadros escoceses; los dos modelos que véis en esta página y de los cuales uno es un abrigo de diario, de tweed, en colores gris claro y gris pizarra, con anchos bolsillos, seis botones de madera, un cinturón de ante y un cuello de terciopelo.

Y el otro es un conjunto de tarde de pana, color grosella. El abrigo es recto; la parte superior del vestido es de crespón marocain rosa, con una corbata de crespón grosella, y una tira de pana que parte del hombro y, pasando por debajo del cinturón, termina en la falda disimulando un bolsillito.

Ya está colocado todo el equipo, pero... los trajes resbalan algo sobre las cruces. He aquí una complicación imprevista; pero es una complicación gracias a la cual Ana-María va a tener ocasión de adornar con sus propias manos el interior de su armario. En efecto, basta con forrar los extremos de las cruces con algodón en rama cubierto con unas cintas que se anudan en una graciosa lazada, para que los trajes queden perfectamente sujetos. Y el resultado decorativo... lo veréis vosotras mismas, pues tengo la seguridad de que os váis a apresurar a seguir este consejo que de mi saquito acabo de extraer.



GAL. N.º 30